

Alianza Universidad

Peter Burke, Robert Darnton, Ivan Gaskell,  
Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins,  
Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck  
y Henk Wesselings

## Formas de hacer Historia

Versión española de  
José Luis Gil Aristu

Alianza  
Editorial



## Capítulo 1

### OBERTURA: LA NUEVA HISTORIA, SU PASADO Y SU FUTURO

*Peter Burke*

En la última generación, aproximadamente, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso<sup>1</sup>. La historia nacional, predominante en el siglo XIX, ha de competir ahora, para atraer la atención, con la historia mundial y la local (confiada en otros tiempos a anticuarios y aficionados). Hay muchos campos nuevos, sostenidos a menudo por revistas especializadas. La historia social, por ejemplo, se independizó de la económica para acabar fragmentándose, como algunas nuevas naciones, en demografía histórica, historia del trabajo, historia urbana, historia rural, etc.

A su vez, la historia económica se escindió en antigua y nueva. La nueva historia de la economía de las décadas de 1950 y 1960 (actualmente de una edad adulta, si no proveya) es demasiado bien conocida como para que necesitemos examinarla aquí<sup>2</sup>. También se ha producido un desplazamiento en el interés de los historiadores de la economía desde la producción al consumo, desplazamiento que difi-

<sup>1</sup> Este ensayo tiene mucho que agradecer a las conversaciones mantenidas durante muchos años con Raphael Samuel, a Gwyn Prins y a varias generaciones de estudiantes del Emmanuel College de Cambridge y, más recientemente, a Nilo Odália y a los interesados oyentes de mis clases en la Universidade Estadual de São Paulo en Araraquara, en 1989.

<sup>2</sup> Un ejemplo famoso (y discutible) en R. W. Fogel y S. Engerman, *Time on the Cross* (Boston, 1974) [hay ed. cast., *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, 1981]. D. C. Coleman, *History and the Economic Past* (Oxford, 1987) hace una evaluación juiciosa de la posición de la historia económica en la actualidad.

culta cada vez más la separación entre historia económica e historia social y cultural. La historia de la gestión empresarial es objeto de un nuevo interés que desdibuja e incluso borra las fronteras entre historia económica y administrativa. Otra especialización, la historia de la publicidad, tiene un pie en la historia de la economía y otro en la de la comunicación. Hoy en día, la identidad misma de la historia de la economía se ve amenazada por los envites lanzados por un empeño joven pero ambicioso, la historia del medio ambiente, conocida a veces con el nombre de ecohistoria.

La división afecta también a la historia política, escindida no sólo en las llamadas escuelas altas y bajas, sino también entre los historiadores preocupados por los centros de gobierno y los interesados por la política del hombre de la calle. El territorio de lo político se ha expandido en el sentido de que (siguiendo a teóricos como Michel Foucault) los historiadores tienden cada vez más a analizar la lucha por el poder en el plano de la fábrica, la escuela o, incluso, la familia. El precio de semejante expansión es, sin embargo, una especie de crisis de identidad. Si la política está en todas partes, ¿qué necesidad hay de historia política? <sup>3</sup> Los historiadores de la cultura se enfrentan a un problema similar al alejarse de la definición estrecha, pero precisa, de cultura en cuanto arte, literatura, música, etc. y acceder a una definición de su campo más antropológica.

En este universo en expansión y fragmentación se da una progresiva necesidad de orientación. ¿Qué es eso que se ha llamado nueva historia? ¿Hasta qué punto es nueva? ¿Es una moda pasajera o una tendencia a largo plazo? ¿Sustituirá —por voluntad o por fuerza— a la historia tradicional o podrán coexistir en paz ambas rivales?

El propósito del presente volumen es dar respuesta a estas cuestiones. Un repaso exhaustivo de las variedades de la historia contemporánea no habría permitido otra cosa que un análisis superficial. Por tal motivo se tomó la decisión de centrar la atención en unos pocos movimientos relativamente recientes <sup>4</sup>. Los ensayos dedicados a ellos se interesan en la práctica, al menos de forma implícita, por los mismos problemas fundamentales. Quizá sea útil comenzar abordando estos problemas y situándolos en el contexto de cambios a largo plazo en historiografía.

<sup>3</sup> J. Vincent, *The Formation of the British Liberal Party* (Londres, 1966).

<sup>4</sup> En J. Gardiner (ed.) *What is History Today?* (Londres, 1988) se contemplan otras variantes.

## ¿Qué es la Nueva Historia?

La expresión «la nueva historia» resulta más conocida en Francia que en cualquier otra parte. *La nouvelle histoire* es el título de una colección de ensayos dirigida por el ilustre medievalista Jacques Le Goff. Le Goff ha contribuido también a editar una masiva colección de ensayos en tres volúmenes sobre el tema «nuevos problemas», «nuevos enfoques» y «nuevos objetos» <sup>5</sup>. En estos casos está claro qué es la nueva historia: se trata de una historia «made in France», el país de *la nouvelle vague* y *le nouveau roman*, por no hablar de *la nouvelle cuisine*. Más exactamente, se trata de la historia relacionada con la denominada *école des Annales*, agrupada en torno a la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*.

¿Qué es esta *nouvelle histoire*? No es fácil dar una definición positiva; el movimiento recibe su unidad sólo de aquello a lo que se opone y las páginas siguientes demostrarán la diversidad de enfoques nuevos. Es, por tanto, difícil ofrecer algo más que una descripción vaga que caracterice la nueva historia como historia total (*histoire totale*) o estructural. Así pues, se trataría, quizá, de imitar a los teólogos medievales cuando abordaban el problema de la definición de Dios y optar por una *vía negativa*; en otras palabras, de definir la nueva historia en función de lo que no es o de aquello a lo que se oponen quienes la practican.

La nueva historia es una historia escrita como reacción deliberada contra el «paradigma» tradicional, según el término útil, aunque impreciso, puesto en circulación por Thomas Kuhn, el historiador americano de la ciencia <sup>6</sup>. Convendría describir ese paradigma tradicional como «historia rankeana», por el gran historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), si bien él mismo estuvo menos constreñido por ella que sus sucesores. (Así como Marx no fue marxista, tampoco Ranke fue rankeano.) También podríamos dar a este paradigma el nombre de visión de sentido común de la historia, aunque no para elogiarla sino para recalcar que a menudo —demasiado a menudo— se ha supuesto que era *la* manera de hacer historia y no se consideraba una forma más de abordar el pasado entre otras varias

<sup>5</sup> J. Le Goff, (ed.), *La nouvelle histoire* (Paris, 1978); J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire* (3 vols., Paris, 1974) [hay ed. cast., *Hacer la Historia*, 2 vol., Barcelona, 1985].

<sup>6</sup> T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Nueva York, 1961) [hay ed. cast., *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1990].

posibles. Por razones de sencillez y claridad podríamos resumir en siete puntos la oposición entre historia vieja y nueva.

1. Según el paradigma tradicional, el objeto esencial de la historia es la política. De acuerdo con la concluyente frase victoriana de sir John Seeley, Catedrático Regio de historia en Cambridge, «la historia es la política del pasado; la política es la historia del presente.» Se suponía que la política se interesaba fundamentalmente por el Estado; en otras palabras, era nacional e internacional, más que local. Sin embargo, también incluía la historia de la Iglesia en cuanto institución y lo que el teórico militar Karl von Clausewitz definía como «la continuación de la política por otros medios», es decir, la guerra. Aunque el paradigma tradicional no excluyera del todo otros tipos de historia —como, por ejemplo, la historia del arte o la de la ciencia—, eran relegados en el sentido de considerarlos periféricos a los intereses de los «auténticos» historiadores.

La nueva historia, por su parte, ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana. «Todo tiene una historia», escribía en cierta ocasión el científico J. B. S. Haldane; es decir, todo tiene un pasado que, en principio, puede reconstruirse y relacionarse con el resto del pasado.<sup>7</sup> De ahí la consigna de «historia total», tan cara a los historiadores de los *Annales*. La primera mitad de este siglo fue testigo de la aparición de la historia de las ideas. En los últimos treinta años hemos visto un número notable de historias sobre asuntos que anteriormente se consideraban carentes de historia, por ejemplo, la niñez, la muerte, la locura, el clima, los gustos, la suciedad y la limpieza, la gesticulación, el cuerpo (como muestra Roy Porter más adelante, en el capítulo X), la feminidad (analizada por Joan Scott en el capítulo 3), la lectura (estudiada por Robert Darnton en el capítulo VII), el habla y hasta el silencio.<sup>8</sup> Aquello que antes se consideraba inmutable, se ve ahora como una «construcción cultural» sometida a variaciones en el tiempo y el espacio.

<sup>7</sup> J. B. S. Haldane, *Everything has a History* (Londres, 1951).

<sup>8</sup> P. Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Seuil, 1973 [hay ed. cast., *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, 1987]; P. Ariès, *L'Homme devant la mort*, Seuil, 1977 [hay ed. cast., *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1987]; M. Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la locura en la época clásica*, 2 vol., Madrid, 1979]; E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine* (trad. ingl., Nueva York, 1971); A. Corbin, *Le miasme et la jonquille, l'odorat et l'imaginaire social, 18<sup>e</sup>-20<sup>e</sup> siècles*, Aubier-Montaigne, 1982; G. Vigarello, *Le propre et le sale: l'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, Seuil, 1987 [hay ed. cast., *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; J.-C. Schmitt (ed.), *Gestures*, número especial, *History and Anthropology* (1984); R. Bauman, *Let Your Words be Few* (Cambridge, 1984).

Merece la pena recalcar el relativismo cultural implícito en todo ello. El fundamento filosófico de la nueva historia es la idea de que la realidad está social o culturalmente constituida. El hecho de que muchos historiadores y antropólogos sociales compartan esta idea o hipótesis ayuda a explicar la reciente convergencia entre ambas disciplinas, de la que hablan más de una vez los capítulos que siguen (págs. 126 y 171). Este relativismo socava además la distinción tradicional entre lo central y lo periférico en historia.

2. En segundo lugar, los historiadores tradicionales piensan fundamentalmente la historia como una narración de acontecimientos, mientras que la nueva historia se dedica más al análisis de estructuras. Una de las obras históricas más famosas de nuestro tiempo, *El Mediterráneo*, de Fernand Braudel, se desinteresa por la historia de los acontecimientos (*histoire événementielle*), considerándola simplemente la espuma sobre las olas del mar de la historia.<sup>9</sup> Según Braudel, lo que verdaderamente importa son los cambios económicos y sociales a largo plazo (*la longue durée*) y los cambios geohistóricos a muy largo plazo. Aunque recientemente se ha producido cierta reacción contra este punto de vista (analizado en la pág. 290, *infra*) y los acontecimientos no se despachan con la ligereza habitual hasta el momento, siguen tomándose muy en serio los diversos tipos de historia de las estructuras.

3. En tercer lugar, la historia tradicional presenta una vista desde arriba, en el sentido de que siempre se ha centrado en las grandes hazañas de los grandes hombres, estadistas, generales y, ocasionalmente, eclesiásticos. Al resto de la humanidad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia. La existencia de esta regla se revela en las reacciones que genera su transgresión. Cuando el gran escritor ruso Alexander Pushkin trabajaba en el relato de una rebelión campesina y su cabecilla, Pugachev, el comentario del zar Nicolás fue que «personas como ésa no tienen historia». Cuando, en la década de 1950, un historiador británico escribió una tesis doctoral acerca de un movimiento popular en la Revolución francesa, uno de

<sup>9</sup> F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, 1949 [hay ed. cast., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1976<sup>2a</sup>].

los examinadores le preguntó: «¿Por qué se preocupa Ud. por esos bandidos?»<sup>10</sup>

Por otra parte (según muestra Jim Sharpe en el capítulo II), cierto número de nuevos historiadores se interesan por la «historia desde abajo», es decir, por las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social. La historia de la cultura popular ha sido objeto de considerable atención. Los historiadores de la Iglesia comienzan a examinar su historia tanto desde abajo como desde arriba<sup>11</sup>. Igualmente, los historiadores del pensamiento han desviado su atención de los grandes libros o las grandes ideas —el equivalente a los grandes hombres—, dirigiéndola a la historia de las mentalidades colectivas o a la de los discursos o «lenguajes», por ejemplo, al lenguaje del escolasticismo o del derecho consuetudinario (cf. el ensayo de Richard Tuck, capítulo IX, *infra*)<sup>12</sup>.

4. En cuarto lugar, según el paradigma tradicional la historia debería basarse en documentos. Uno de los mayores logros de Ranke fue su exposición de las limitaciones de las fuentes narrativas —llamémoslas crónicas— y su insistencia en la necesidad de basar la historia escrita en documentos oficiales procedentes de los gobiernos y conservados en archivos. El precio de este logro fue el olvido de otros tipos de prueba. El periodo anterior a la invención de la escritura quedó descartada como «prehistoria». Sin embargo, el movimiento de la «historia desde abajo» presentó, por su parte, las limitaciones de este tipo de documentación. Los registros oficiales expresan, por lo general, el punto de vista oficial. Para reconstruir las actitudes de herejes y rebeldes, tales registros requieren el complemento de otras clases de fuentes.

En cualquier caso, si los historiadores se interesan por una diversidad de actividades humanas mayor que la que ocupó a sus predecesores, habrán de examinar una variedad también mayor de pruebas. Algunas de éstas serán visuales; otras, orales (ver lo escrito por

<sup>10</sup> El nombre del examinador era Lewis Namier. R. Cobb, *The Police and the People* (Oxford, 1970), pág. 81.

<sup>11</sup> E. Hoornaert et al., *Historia da Igreja no Brasil: ensaio de interpretação a partir do povo* (Petrópolis, 1977).

<sup>12</sup> J. G. A. Pocock, «The Concept of a Language», en: A. Padgen (ed.) *The Language of Political Theory* (Cambridge, 1987). Cfr. D. Kelley, «Horizons of Intellectual History», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), págs. 143-69, y «What is Happening to the History of Ideas?» *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), págs. 3-25.



Ivan Gaskell y Gwyn Prins en los capítulos VIII y VI). Existe también la prueba estadística: las cifras del comercio, de población, de votantes, etc. El apogeo de la historia cuantitativa se dio, probablemente, en las décadas de 1950 y 1960, cuando algunos entusiastas pretendieron que los únicos métodos fiables eran los cuantitativos. Se ha producido una reacción contra estas pretensiones y, en cierta medida, también contra sus métodos, pero el interés por una historia cuantitativa más modesta sigue aumentando. En 1987 se fundó, por ejemplo, en Gran Bretaña una *Association for History and Computing*.

5. Según el paradigma tradicional, expuesto de forma memorable por el historiador y filósofo R. G. Collingwood, «cuando un historiador pregunta “¿Por qué Bruto apuñaló a César?”, quiere decir “¿En qué pensaba Bruto para decidirse a apuñalar a César?”»<sup>13</sup> Este modelo de explicación histórica ha sido criticado por historiadores más recientes por varios motivos, principalmente porque no consigue dar razón de la variedad de cuestiones planteadas por los historiadores, interesados a menudo tanto por movimientos colectivos como por acciones individuales, tanto por tendencias como por acontecimientos.

Por poner un ejemplo, ¿por qué subieron los precios en la España del siglo XVI? Los historiadores de la economía no coinciden en sus contestaciones a esta pregunta, pero sus divérsas respuestas (en función de las importaciones de plata, crecimiento demográfico, etc.) están muy lejos del modelo de Collingwood. En el famoso estudio de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo en el siglo XVI, aparecido en 1949, sólo la tercera y última parte, dedicada a la historia de los acontecimientos, plantea cuestiones remotamente parecidas a la de Collingwood, e incluso allí el autor ofrece un tipo de respuestas muy diferente al hacer hincapié en las cortapisas a que estaba sometido su protagonista, Felipe II, y en la falta de influencia del rey sobre la historia de su tiempo<sup>14</sup>.

6. De acuerdo con el paradigma tradicional, la historia es objetiva. La tarea del historiador es ofrecer al lector los hechos o, como decía Ranke en una frase muy citada, contar «cómo ocurrió realmente».

<sup>13</sup> R. G. Collingwood, *The Idea of History* (Oxford, 1946), págs. 213ss.

<sup>14</sup> Braudel (1949).

te». Su humilde rechazo de cualquier intención filosófica fue interpretado por la posteridad como un orgulloso manifiesto en favor de una historia no sesgada. En una famosa carta a su equipo internacional de colaboradores en la *Cambridge Modern History*, publicada a partir de 1902, el director de la edición, lord Acton, le pedía encarecidamente que «nuestro Waterloo satisfaga por igual a franceses e ingleses, alemanes y holandeses» y que los lectores no puedan decir dónde puso su pluma uno de los colaboradores y dónde la retiró otro <sup>15</sup>.

En la actualidad este ideal se considera, en general, quimérico. Por más decididamente que luchemos por evitar los prejuicios asociados al color, el credo, la clase social o el sexo, no podemos evitar mirar al pasado desde una perspectiva particular. El relativismo cultural se aplica, como es obvio, tanto a la historiografía misma como a lo que se denominan sus objetos. Nuestras mentes no reflejan la realidad de manera directa. Percibimos el mundo sólo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra. En tal situación, nuestra comprensión de los conflictos se ve aumentada por la presentación de puntos de vista opuestos, más que por el intento de expresar un acuerdo, como en el caso de Acton. Nos hemos desplazado del ideal de la Voz de la Historia a la heteroglosia, definida como un conjunto de «voces diversas y opuestas» (*infra* pág. 296) <sup>16</sup>. Era, por tanto, muy pertinente que el presente volumen tomara forma de obra colectiva y que sus colaboradores hablaran distintas lenguas maternas.

La historia rankeana fue el territorio de los profesionales. El siglo XIX fue un tiempo de la profesionalización de la historia, con sus departamentos universitarios y sus publicaciones, como la *Historische Zeitschrift* y la *English Historical Review*. La mayoría de los principales nuevos historiadores son también profesionales, con la destacada excepción del difunto Philippe Ariès, a quien gustaba definirse como un «historiador dominguero». Una de las maneras de describir los logros del grupo de los *Annales* consiste en decir que han mostrado cómo las historias económica, social y cultural pueden estar a la altura

<sup>15</sup> Citado en F. Stern (ed.), *Varieties of History* (Nueva York, 1956), pág. 249.

<sup>16</sup> Tomo el término del famoso crítico ruso Mijail Bajtín, en su *Dialogic Imagination* (trad. ingl., Austin, 1981), págs. xix, 49, 55, 263, 273. Cfr. M. de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other* (trad. ingl., Minneapolis, 1986).

de las exigentes pautas establecidas por Ranke para la historia política.

Al mismo tiempo, su interés por toda la gama de la actividad humana les estimula a ser interdisciplinarios, en el sentido de aprender de antropólogos sociales, economistas, críticos literarios, psicólogos, sociólogos, etc., y colaborar con ellos. Los historiadores del arte, la literatura y la ciencia, que solían atender a sus intereses aislándose en mayor o menor medida del grupo principal de los historiadores, mantienen en la actualidad un contacto más habitual con ellos. El movimiento de la historia desde abajo refleja también una nueva decisión de adoptar los puntos de vista de la gente corriente sobre su propio pasado con más seriedad de lo que acostumbraban los historiadores profesionales <sup>17</sup>. Lo mismo vale para algunas formas de historia oral (*infra*, pág. 144). En este sentido, la heteroglosia es también esencial para la nueva historia.

### ¿Hasta qué punto es nueva la Nueva Historia?

¿Quién inventó —o descubrió— la nueva historia? La expresión se utiliza a veces para aludir a procesos ocurridos en las décadas de 1970 y 1980, período en que la reacción contra el paradigma tradicional se extendió a todo el mundo afectando a historiadores del Japón, la India, América Latina y cualesquiera otros lugares. Los ensayos recogidos en este libro se centran en ese período particular. No obstante, es indudable que la mayoría de los cambios ocurridos en historiografía en ambos decenios forman parte de una tendencia más larga.

Para muchos, la nueva historia está asociada a Lucien Febvre y Marc Bloch, que fundaron en 1929 la revista *Annales* para promocionar su enfoque, y a Fernand Braudel, en la generación siguiente. De hecho sería difícil negar la importancia del movimiento encabezado por estas personas en la renovación de la historia. Sin embargo, en su rebelión contra los rankeanos no estuvieron solos. En la Gran Bretaña de la década de 1930, Lewis Namier y R. H. Tawney rechazaron la narración de sucesos en cualquier tipo de historia estructural. En torno al año 1900, Karl Lamprecht se hizo impopular en Alemania

<sup>17</sup> Ver casi cualquier número de *History Workshop Journal*.

entre la profesión por su desafío al paradigma tradicional. La frase despectiva de *histoire événementielle*, «historia centrada en los acontecimientos», se acuñó en ese tiempo, una generación antes de la época de Braudel, Bloch y Febvre<sup>18</sup>. Expresa las ideas de un grupo de estudiosos en torno al gran sociólogo francés Émile Durkheim y su revista, el *Année Sociologique*, publicación que contribuyó a inspirar los *Annales*.

La misma expresión «nueva historia» tiene su propia historia. Por lo que yo sé, la más antigua del término data de 1912, cuando el académico James Harvey Robinson publicó una obra con este título. Los contenidos estaban a la altura de su etiqueta. «La historia», escribía Robinson, «incluye todo rastro y vestigio de cualquier cosa hecha o pensada por el hombre desde su aparición en la tierra». En otras palabras, Robinson creía en la historia total. En cuanto al método, «la Nueva Historia —cito otra vez a Robinson— se valdrá de todos los descubrimientos sobre el género humano realizados por antropólogos, economistas, psicólogos y sociólogos»<sup>19</sup>. Este movimiento en favor de una nueva historia no tuvo éxito en aquel momento en los Estados Unidos, pero el más reciente entusiasmo norteamericano por los *Annales* se entiende mejor si recordamos este trasfondo local.

No hay ninguna buena razón para detenernos en 1912, ni tan siquiera en 1900. Últimamente se ha defendido que la sustitución de una historia vieja por otra nueva (más objetiva y menos literaria) es un motivo recurrente en la historia de la historiografía<sup>20</sup>. Este tipo de exigencias fueron planteadas por la escuela de Ranke en el siglo XIX, por el gran estudioso benedictino Jean Mabillon, que en el siglo XVII formuló nuevos métodos de crítica de las fuentes, y por el historiador griego Polibio, quien ciento cincuenta años antes del nacimiento de Cristo denunció a algunos de sus colegas tachándolos de meros retóricos. En el primer caso, al menos, las pretensiones de novedad eran conscientes. En 1987 el gran historiador holandés Robert Fruin publicó un ensayo titulado «La nueva historiografía», donde defendía la historia científica, rankeana<sup>21</sup>.

<sup>18</sup> Cfr. P. Burke, *The French Historical Revolution* (Cambridge, 1990), pág. 113.

<sup>19</sup> J. H. Robinson, *The New History* (Nueva York, 1912); cfr. J. R. Pole, «The New History and the Sense of Social Purpose in American Historical Writing» (1973, reimpreso en: *Id.*, *Paths to the American Past* (Nueva York, 1979), págs. 271-98).

<sup>20</sup> L. Orr, «The Revenge of Literature», *New Literary History* 18 (1986), págs. 1-22.

<sup>21</sup> R. Fruin, «De nieuwe historiographie», reimpreso en: *Id.*, *Verspreide Geschriften* 9 (La Haya, 1904), págs. 410-18.

El empeño por escribir una historia que fuera más allá de los acontecimientos políticos se remonta también muy atrás. La historia económica se asentó en Alemania, Gran Bretaña y otras partes a finales del siglo XIX como alternativa a la historia del Estado. En 1860 el erudito suizo Jacob Burckhardt publicó un estudio sobre *La civilización del Renacimiento en Italia*, centrado en la historia cultural y que, más que narrar sucesos, describe tendencias. Los sociólogos del siglo XIX, como Auguste Comte, Herbert Spencer —por no mencionar a Karl Marx— se interesaron en extremo por la historia, aunque despreciaran a los historiadores profesionales. El objeto de su interés eran las estructuras y no los acontecimientos y la nueva historia tiene con ellos una deuda que frecuentemente no se reconoce.

Aquéllos, a su vez, son acreedores, a menudo sin aceptarlos, de algunos predecesores suyos: los historiadores de la Ilustración, entre ellos Voltaire, Gibbon (a pesar de la observación anteriormente citada por mí), Robertson, Vico, Möser y otros. En el siglo XVIII se produjo un movimiento internacional favorable a un tipo de historiografía no limitada a los acontecimientos militares y políticos sino interesada por las leyes, el comercio, la *manière de penser* de una determinada sociedad, sus hábitos y costumbres, el «espíritu de la época». En Alemania, en especial, surgió un vivo interés por la historia universal<sup>22</sup>. El escocés William Alexander y Christoph Meiners, profesor de la Universidad de Gotinga (centro de la nueva historia social de finales del siglo XVIII), publicaron estudios sobre historia de las mujeres<sup>23</sup>.

Así, la historia alternativa analizada en la presente obra tiene una alcurnia razonablemente antigua (por más que sus tatarabuelos no pudieran, quizá, reconocer a sus descendientes). Lo nuevo no es tanto su existencia cuanto el hecho de que quienes la practican sean ahora extremadamente numerosos y rechacen ser marginados.

### Problemas de definición

El propósito de este volumen no es hacer el panegírico de la nueva historia (a pesar de que sus colaboradores coincidan en la vali-

<sup>22</sup> M. Harbsmeier, «World Histories before Domestication», *Culture and History* 5 (1989) págs. 93-131.

<sup>23</sup> W. Alexander, *The History of Women* (Londres, 1779); C. Meiners, *Geschichte des Weiblichen Geschlechts* (4 vols., Hannóver, 1788-1800).

de o, de hecho, en la necesidad de al menos algunas de sus formas), sino evaluar sus fuerzas y debilidades. El movimiento en favor de un cambio ha nacido de un amplio sentimiento de lo inadecuado del paradigma tradicional. Este sentimiento de inadecuación no se puede entender si no se mira, más allá del gremio de los historiadores, a las transformaciones producidas a lo ancho del mundo. La descolonización y el feminismo, por ejemplo, son dos procesos que han tenido, como es obvio, una gran repercusión en la historiografía reciente, según dejan cumplidamente claro los capítulos escritos por Henk Wesseling y Joan Scott. En el futuro, el movimiento ecologista tendrá, probablemente, una influencia creciente en la manera de escribir la historia.

De hecho, ya ha inspirado cierto número de estudios. Al publicarse, en 1949, la famosa monografía de Braudel sobre el Mediterráneo llamó la atención por el espacio dedicado al entorno físico —tierra y mar, montañas e islas—. Hoy, sin embargo, el cuadro de Braudel resulta curiosamente estático, pues su autor no tuvo seriamente en cuenta la forma en que se modifica el medio ambiente por la presencia, por ejemplo, del hombre como destructor de bosques para construir las galeras que ocupan un lugar tan destacado en las páginas de *El Mediterráneo*.

Algunos escritores nos han ofrecido una ecohistoria más dinámica. William Cronon ha escrito un excelente estudio de la Nueva Inglaterra colonial centrado en los efectos de la llegada de los europeos sobre las comunidades vegetales y animales de la región, señalando la desaparición de castores y osos, cedros y pinos de Weymouth y la creciente importancia de animales europeos de pasto. En una escala muy distinta, Alfred Crosby ha analizado lo que él denomina «la expansión biológica de Europa» entre el 900 y 1900 y la influencia de las enfermedades europeas en abrir camino al éxito de la instalación de «Neoeuropas», desde Nueva Inglaterra a Nueva Zelanda <sup>24</sup>.

Por razones tanto internas como externas, no es disparatado hablar de la crisis del paradigma historiográfico tradicional. Sin embargo, el nuevo paradigma tiene también sus problemas: problemas de definición, de fuentes, de método y de exposición. Estos problemas

<sup>24</sup> W. Cronon, *Changes in the Land* (Nueva York, 1983); A. W. Crosby, *Ecological Imperialism* (Cambridge, 1986) [hay ed. cast., *Imperialismo ecológico*, Barcelona, 1988].

reaparecerán en los capítulos específicos, pero podría ser útil analizarlos brevemente aquí.

Se dan problemas de definición porque los nuevos historiadores se están introduciendo en un territorio desconocido. Como acostumbra a hacer los exploradores de otras culturas, comienzan con una especie de imagen en negativo de lo que buscan. La historia de Oriente ha sido considerada por los historiadores occidentales como lo opuesto a la propia, eliminando diferencias entre Oriente medio y lejano, China y Japón, etc. <sup>25</sup>. Como señala Henk Wesseling más abajo (capítulo IV), la historia universal ha sido vista —por los occidentales— como el estudio de las relaciones entre Occidente y el resto del mundo, ignorando las interacciones entre Asia y África, Asia y América, etc. A su vez, la historia desde abajo fue concebida en origen como la inversión de la historia desde arriba, poniendo la cultura «baja» en el lugar de la alta cultura. No obstante, a lo largo de sus investigaciones, los estudiosos se han ido dando cuenta más y más de los problemas inherentes a esta dicotomía.

Así, por ejemplo, si la cultura popular es la cultura «del pueblo», ¿quién es el pueblo? ¿Lo son todos, los pobres, las «clases inferiores» como solía llamarlas el intelectual marxista Antonio Gramsci? ¿Lo son los iletrados o las personas sin educación? Podemos dar por supuesto que las divisiones económicas, políticas y culturales coinciden necesariamente en una sociedad dada. Pero, ¿qué es la educación? ¿Es sólo la preparación proporcionada en ciertas instituciones oficiales, como escuelas o universidades? La gente corriente, ¿carece de educación o, simplemente, tiene una educación diferente, una cultura distinta de la de las elites?

No deberíamos suponer, desde luego, que todas las personas corrientes tiene idénticas experiencias, y la importancia de distinguir la historia de las mujeres de la de los hombres queda subrayada por Joan Scott en el capítulo III. En algunas partes del mundo, de Italia al Brasil, la historia de la gente corriente se suele denominar «la historia de los vencidos», asimilando así las experiencias de las clases inferiores de Occidente con la de los colonizados <sup>26</sup>. Sin embargo, las diferencias entre estas experiencias requieren también un análisis.

<sup>25</sup> Algunos comentarios agudos sobre este problema, en E. Sain, *Orientalism* (Londres, 1978).

<sup>26</sup> E. De Decca, 1930: *O silêncio dos vencidos* (São Paulo, 1981).



La expresión «historia desde abajo» parece ofrecer una salida a estas dificultades, pero genera sus propios problemas. En contextos distintos, su significado cambia. Una historia política desde abajo, ¿debería debatir las opiniones y actos de cualquiera que esté excluido del poder o habría de tratar de la política en un plano local o en el de la gente corriente? Una historia de la Iglesia desde abajo, ¿debería considerar la religión desde el punto de vista de los laicos, fuera cual fuese su rango social? Una historia de la medicina desde abajo, ¿tendría que ocuparse de los curanderos, por oposición a los médicos profesionales, o de las experiencias y diagnósticos de los pacientes en relación con su enfermedad? <sup>27</sup> Una historia militar desde abajo, ¿habría de tratar las batallas de Agincourt o Waterloo de los soldados corrientes, como ha hecho de forma tan memorable John Keegan, o debería centrarse en la experiencia de la guerra de las personas civiles? <sup>28</sup> Una historia de la educación desde abajo, ¿tendría que olvidar a los ministros y teóricos de la educación y volverse a los maestros corrientes, como ha hecho Jacques Ozouf, por ejemplo, o presentar la escuela desde el punto de vista de los escolares? <sup>29</sup> Una historia económica desde abajo, ¿habría de centrarse en el pequeño comerciante o en el pequeño consumidor?

Una de las razones de la dificultad para definir la historia de la cultura popular es que la noción de «cultura» es incluso más difícil de definir que la de «popular». La definición de cultura calificada de «teatro de ópera» (en el sentido del gran arte, la gran literatura, etc.) era estrecha pero, al menos, precisa. Un elemento fundamental de la nueva historia es su noción amplia de cultura <sup>30</sup>. El Estado, los grupos sociales y hasta el sexo o la sociedad misma se consideran consuetudinos culturalmente. Sin embargo, si utilizamos el término en un sentido amplio, habremos de preguntarnos, al menos, qué es lo que *no* cuenta como cultura.

Otro ejemplo de nuevo tratamiento que se ha topado con problemas de definición es la historia de la vida cotidiana, la *Alltagsgeschichte*, según la llaman los alemanes. La expresión en sí no es nueva: la

<sup>27</sup> Cfr. R. Porter, «The Patient's View: Doing Medical History from Below», *Theory and Society* 14 (1985), págs. 175-98.

<sup>28</sup> Sobre los soldados rasos, ver J. Keegan, *The Face of Battle* (Londres, 1976) [hay ed. cast., *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990].

<sup>29</sup> J. Ozouf (ed.), *Nous les maîtres d'école* (París, 1967) examina la experiencia de los maestros de escuela elemental c. 1914.

<sup>30</sup> L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

*vie quotidienne* era el título de una serie lanzada por la editorial francesa Hachette en la década de 1930. Lo nuevo aquí es la importancia dada a la vida cotidiana en la historiografía contemporánea, en especial desde la publicación en 1967 del famoso estudio de Braudel sobre la «civilización material» <sup>31</sup>. La historia de la vida cotidiana, rechazada en otro tiempo por trivial, está considerada ahora por algunos historiadores como la única historia auténtica, el centro con el que debe relacionarse todo lo demás. Lo cotidiano se halla también en la encrucijada de enfoques recientes en sociología (desde Michel de Certeau a Erving Goffman) y en filosofía (tanto marxista como fenomenológica) <sup>32</sup>.

Lo común a estas formas de abordar la cuestión es su interés por el mundo de la experiencia ordinaria (más que por la sociedad en abstracto) en cuanto punto de partida, junto con un empeño por considerar problemática la vida diaria, en el sentido de mostrar que el comportamiento o valores dados por supuestos en una sociedad se descartan en otra como evidentemente absurdos. Ciertos historiadores, al igual que los antropólogos sociales, intentan en la actualidad desvelar las reglas latentes de la vida cotidiana (la «poética» de cada día, en expresión del semiótico ruso Juri Lotman) y mostrar a sus lectores cómo se es padre o hija, legislador o santo en una determinada cultura <sup>33</sup>. En este punto, la historia social y cultural parecen disolverse la una en la otra. Algunos de quienes las practican se describen como «nuevos» historiadores de la cultura; otros, como historiadores «socioculturales» <sup>34</sup>. En cualquier caso, el impacto del relativismo cultural en la historiografía parece ineludible.

No obstante, según ha señalado el sociólogo Norbert Elias en un importante ensayo, la noción de lo cotidiano es menos precisa y más

<sup>31</sup> F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme* (París, 1967); ed. revisada: *Les structures du quotidien* (París, 1979) [hay ed. cast., *Civilización material, económica y capitalismo*, 3 vol., Alianza Editorial, 1984]. Cfr. J. Kuczynski, *Geschichte des Alltags des Deutschen Volkes* (4 vols. Berlín, 1980-2).

<sup>32</sup> M. de Certeau, *L'invention du quotidien* (París, 1980); E. Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life* (Nueva York, 1959); H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne* (3 vols., París, 1946-81). Cfr. F. Mackie, *The Status of Everyday Life* (Londres, 1985).

<sup>33</sup> J. Lotman, «The Poetics of Everyday Behaviour in Russian Eighteenth-Century Culture», en: *The Semiotics of Russian Culture* ed. J. Lotman y B. A. Uspenskii (Ann Arbor, 1984), págs. 231-56. Un debate más amplio sobre el problema de la historiografía de las reglas culturales, en P. Burke, *Historical Anthropology of Early Modern Italy* (Cambridge, 1987), págs. 5ss, 21ss.

<sup>34</sup> L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

complicada de lo que parece. Elías distingue ocho significados en el término, desde la vida privada hasta el mundo de la gente corriente<sup>35</sup>. En lo cotidiano entran acciones —Braudel lo define como el reino de la rutina— y también actitudes que podríamos llamar hábitos mentales. Podría incluir hasta lo ritual. Lo ritual, un hito de las ocasiones especiales en la vida de individuos y comunidades, se define a menudo por oposición a lo cotidiano. Por otra parte, los visitantes forasteros advierten en la vida de toda sociedad ritos cotidianos —formas de comer, de saludarse, etc.— que los habitantes locales no logran percibir en absoluto como rituales.

Igual dificultad entraña la descripción o el análisis de la relación entre estructuras de cada día y cambio cotidiano. Visto desde dentro, lo cotidiano parece intemporal. El reto planteado al historiador social es mostrar cómo el relacionar la vida cotidiana con los grandes sucesos —como la Reforma o la Revolución francesa— o con tendencias a largo plazo —como la occidentalización o el nacimiento del capitalismo— forma, de hecho, parte de la historia. El famoso sociólogo Max Weber acuñó un término, también famoso, que podría utilizarse aquí: «rutinización» (*Veralltäglichung*, literalmente «cotidianización»). Uno de los focos de atención de los historiadores sociales podría ser el proceso de interacción entre acontecimientos y tendencias de mayor importancia, por un lado, y estructuras de la vida cotidiana, por otro. ¿Hasta dónde, por qué medios y durante qué periodo la revolución francesa o la rusa imbuyeron (por así decirlo) la vida diaria de los distintos grupos sociales, hasta qué punto y con cuánto éxito se les opuso resistencia?

### Problemas de fuentes

Sin embargo, los mayores problemas de los nuevos historiadores son, sin duda, los de fuentes y métodos. Se ha sugerido ya que, cuando los historiadores comenzaron a plantear nuevas cuestiones sobre el pasado, a elegir nuevos objetos de investigación, hubieron de buscar nuevos tipos de fuentes que complementaran los documentos oficiales. Algunos se volvieron hacia la historia oral, analizada en el ca-

<sup>35</sup> N. Elías, «Zum Begriff des Alltags», en: *Materiellen zur Soziologie des Alltags*, K. Hammerich y M. Klein (eds.) (Opladen, 1978), págs. 22-9.

pítulo VI; otros, hacia las pruebas figurativas (capítulo VIII); otros, hacia las estadísticas. También se ha demostrado posible releer ciertos tipos de documentos oficiales de una manera nueva. Los historiadores de la cultura popular, por ejemplo, han hecho gran uso de los registros judiciales, en especial de los interrogatorios de sospechosos. Dos famosos estudios de historia desde abajo se basan en actas inquisitoriales: el *Montailou* de Le Roy Ladurie (1975), analizado en el capítulo II, y *El queso y los gusanos*, de Ginzburg (1986).

Sin embargo, todas estas fuentes suscitan problemas engorrosos. Los historiadores de la cultura popular procuran reconstruir las ideas ordinarias y cotidianas partiendo de registros de sucesos que fueron extraordinarios en las vidas de los acusados: interrogatorios y juicios. Intentan reconstruir lo que la gente corriente pensaba en función de lo que los acusados, que podían formar un grupo no típico, estaban dispuestos a decir en la situación inusual (por no decir terrorífica) en que se hallaban. Es, por tanto, necesario leer los documentos entre líneas. Este intento de lectura entre líneas es perfectamente correcto, sobre todo cuando lo llevan a cabo historiadores de la sutileza de Ginzburg o Le Roy Ladurie.

A pesar de todo, los principios en que se basa esta lectura no son siempre claros. Es justo admitir que retratar a los socialmente invisibles (por ejemplo, las mujeres trabajadoras) o escuchar a quienes no se expresan (la mayoría silenciosa, los muertos) es un cometido que implica mayores riesgos que los habituales en la historia tradicional (si bien resulta necesaria como parte de la historia total). Pero no siempre es así. La historia política de la época de Carlomagno, por poner un caso, se basa en fuentes tan escasas y poco fiables, al menos, como las de la historia de la cultura popular en el siglo XVI<sup>36</sup>.

Las pruebas orales han sido objeto de gran atención, por ejemplo en ciertos casos de historiadores de África como Jan Vansina, preocupados por la fiabilidad de las tradiciones orales mantenidas durante siglos, y en algunos otros de historiadores contemporáneos, como Paul Thompson al reconstruir la experiencia vital en la era eduardiana. Se ha debatido el problema de la influencia del historiador-entrevistador y de la situación de entrevista en las declaraciones del testigo<sup>37</sup>. Sin embargo, hay que tener la honradez de admitir que la

<sup>36</sup> Cfr. P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978), cap. III.

<sup>37</sup> R. Samuel y P. Thompson (eds.), *The Myths We Live By* (Londres, 1990).

crítica de los testimonios orales no ha alcanzado la complejidad de la crítica documental, practicada por los historiadores desde hace siglos. Podemos hacernos cierta idea de la distancia recorrida en un cuarto de siglo —y del trecho que aún queda por andar— comparando la primera edición del estudio de Vansina sobre la tradición oral, publicado por primera vez en 1961, con la versión completamente reescrita de 1985<sup>38</sup>.

La situación es bastante similar en el caso de fotografías, imágenes y, más en general, pruebas de la cultura material. Algunas obras recientes sobre fotografía (y cine) han puesto en evidencia la pretensión de que la cámara es un registro objetivo de la realidad, haciendo hincapié no sólo en la selección realizada por el fotógrafo de acuerdo con sus intereses, creencias, valores, prejuicios, etc., sino también su deuda, consciente o inconsciente, con las convenciones pictóricas. Si algunas fotografías victorianas de la vida rural se parecen a los paisajes holandeses del siglo xvii, podría ser muy bien porque los fotógrafos conocían esa pintura y situaban sus personajes en consonancia, a fin de producir, como decía Thomas Hardy en el subtítulo de *Under the Greenwood Tree*, «un cuadro de la escuela holandesa». Los fotógrafos, como los historiadores, no ofrecen un reflejo de la realidad sino representaciones de la misma. Se han dado algunos importantes pasos hacia la crítica de fuentes de las imágenes fotográficas, pero también aquí queda un largo trecho por recorrer<sup>39</sup>.

En el caso de las imágenes pictóricas, analizado más abajo por Ivan Gaskell, al clima de entusiasmo de la decodificación de su iconografía o iconología a mediados del siglo xx, la época de virtuosos como Erwin Panofsky y Edgard Wind, le ha sucedido un periodo de glaciación de relativo escepticismo. Los criterios para la interpretación de significados concretos latentes son realmente difíciles de formular<sup>40</sup>. Los problemas de la iconografía se hacen más penosos cuando los historiadores de otras materias intentan utilizar la pintura

<sup>38</sup> P. Thompson, *The Voice of the Past*, 1978 (ed. revisada, Oxford, 1988) [hay ed. cast., *La voz del pasado*, Valencia, 1988]; J. Vansina, *Oral Tradition* (trad. ingl., Londres, 1965) y *Oral Tradition as History* (Madison, 1985).

<sup>39</sup> P. Smith (ed.), *The Historian and Film* (Cambridge, 1976); A. Trachtenberg, «Albums of War», *Representations* 9 (1985) págs. 1-32; J. Tagg, *The Burden of Representation: Essays on Photographies and Histories* (Amherst, 1988).

<sup>40</sup> E. Panofsky, *Essays in Iconology* (Nueva York, 1939) [hay ed. cast., *Estudios sobre iconología*, Alianza Editorial, Madrid, 1989<sup>8</sup>]; E. Wind, *Pagan Mysteries in the Renaissance* (Londres, 1958) [hay ed. cast., *Misterios paganos del Renacimiento*, Barcelona, 1972]. Un punto de vista más escéptico aparece expresado por E. H. Gombrich, «Aims and Limits of Iconology», en su obra *Symbolic Images* (Londres, 1972), págs. 1-22 [hay ed. cast., *Imágenes simbólicas*, Alianza Editorial, Madrid, 1990<sup>1</sup>].

para sus propios propósitos como prueba de actitudes religiosas o políticas. Es muy fácil caer en una argumentación circular, leyendo (por poner un caso) una imagen de Alberto Durero como síntoma de crisis espiritual y presentando luego la imagen como una prueba de la existencia de la crisis<sup>41</sup>.

La cultura material es, por supuesto, el territorio tradicional de los arqueólogos que estudian épocas carentes de documentos escritos. Sin embargo no hay ninguna buena razón para restringir los métodos arqueológicos a la prehistoria y los arqueólogos han comenzado de hecho a estudiar la Edad Media, la primera revolución industrial y, más recientemente, un ámbito temporal más amplio, desde la América colonial hasta la actual sociedad de consumo<sup>42</sup>.

Los historiadores comienzan a emularlos, si no excavando el pasado (Versalles y otros edificios importantes de la Edad Moderna no necesitan, por suerte, ser excavados), sí al menos prestando más atención a los objetos físicos. Los debates en torno al nacimiento del individualismo y la privacidad en la Edad Moderna se basan actualmente no sólo en las pruebas suministradas por los diarios sino también en cambios como la aparición de vasos individuales (en lugar de jarras comunes) y sillas (en lugar de bancos) y en el desarrollo de habitaciones especialmente destinadas a dormitorio<sup>43</sup>.

En este caso, sin embargo, es difícil no preguntarse si la cultura material no está siendo utilizada como mera confirmación de una hipótesis fundada en primer lugar en pruebas literarias. ¿Puede aspirar a algo más la arqueología del periodo posterior a 1500 (al menos, en Occidente)? El difunto sir Moses Finley insinuó en cierta ocasión que «ciertos tipos de documentación hacen de la arqueología algo más o menos innecesario», arrojando así con una frase la arqueología industrial al cubo de la basura<sup>44</sup>. Su crítica merece una respuesta seria, pero todavía está por hacer una estimación a fondo del valor de las pruebas de la cultura material para la historia posterior a la Edad Media.

<sup>41</sup> C. Ginzburg, «Da Aby Warburg a E. H. Gombrich», *Studi medievali* 8 (1966), págs. 1015-65. Su crítica iba dirigido en particular contra Fritz Saxl. Sobre la iconografía para los historiadores de las mentalidades, ver M. Vovelle (ed.), *Iconographie et histoire des mentalités* (Aix, 1979).

<sup>42</sup> K. Hudson, *The Archaeology of the Consumer Society* (Londres, 1983).

<sup>43</sup> J. Deetz, *In Small Things Forgotten; the Archaeology of Early American Life* (Nueva York, 1977).

<sup>44</sup> M. I. Finley, *The Use and Abuse of History* (Londres, 1975), pág. 101 [hay ed. cast., *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1984<sup>2</sup>].

Curiosamente, la historia de la cultura material, un campo que en los últimos años ha atraído un notable interés, se basa menos en el estudio de los artefactos mismos que en fuentes literarias. Los historiadores interesados por lo que se ha llamado la vida social de las cosas —o, más exactamente, por la vida social de grupos revelada por su uso de las cosas— confían en gran parte en pruebas como las descripciones de viajeros (que nos dicen mucho sobre la localización y funciones de objetos particulares) o inventarios de bienes, susceptibles de análisis por métodos cuantitativos <sup>45</sup>.

La máxima innovación metodológica —y la más controvertida— en la última generación ha sido, seguramente, la aparición y expansión de los métodos cuantitativos, descritos a veces irónicamente como «Cliométrica», es decir, las medidas de la diosa de la historia. Naturalmente, este enfoque tiene una larga existencia entre los historiadores de la economía y los demógrafos históricos. Lo nuevo, entonces y ahora, es su extensión a otros tipos de historia en las décadas de 1960 y 1970. En EE UU, por ejemplo, existe una «nueva historia política» cuyos cultivadores cuentan los votos emitidos en las elecciones o en la actividad parlamentaria <sup>46</sup>. En Francia la «historia serial» (*histoire sérielle*), llamada así porque sus datos se disponen en series cronológicas, se ha extendido gradualmente del estudio de los precios (en la década de 1930) al de la población (en la de 1950) y al denominado «tercer nivel» de la historia, el de las mentalidades religiosas o seculares <sup>47</sup>. Un estudio famoso de la llamada «descristianización» de la Francia moderna deduce el meollo de su demostración del descenso de las cifras de la comunión pascual. Otro, centrado en la Provenza del siglo XVIII, investiga el cambio de actitudes ante la muerte según se revelan en tendencias expresadas en las fórmulas de 30.000 testamentos, observando la disminución de referencias a la «corte celestial», o en los legados para celebrar funerales complicados o misas de difuntos <sup>48</sup>.

En los últimos años, las estadísticas, realizadas con ayuda de ordenadores, han penetrado incluso en la ciudadela de la historia ran-

<sup>45</sup> A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things* (Cambridge, 1986).

<sup>46</sup> W. Aydelotte, *Quantification in History* (Reading, Mass., 1971); A. Bogue, *Clio and the Bitch Goddess: Quantification in American Political History* (Beverly Hills, 1983).

<sup>47</sup> P. Chaunu, «Le quantitatif au 3.<sup>e</sup> niveau» (1973; reimpresso en: *id. Histoire quantitatif, histoire sérielle* (Paris, 1978).

<sup>48</sup> G. le Bras, *Études de sociologie religieuse* (2 vols., París 1955-6); M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation* (París, 1973).

keana: los archivos. Los American National Archives, por ejemplo, cuentan ahora con un «Departamento de datos de lectura mecánica» y los archiveros comienzan a lamentarse por la conservación y almacenamiento no sólo de manuscritos sino también de cintas perforadas. En consecuencia, los historiadores tienden más y más a considerar los archivos antiguos, como los de la Inquisición, como «bancos de datos» que pueden explotarse mediante métodos cuantitativos <sup>49</sup>.

La introducción en el discurso histórico de una gran profusión de estadísticas ha llevado a polarizar a los profesionales en incondicionales y oponentes. Ambas partes han tendido a exagerar la novedad de los problemas planteados por la utilización de cifras. Se pueden falsificar las estadísticas, pero lo mismo ocurre con los textos. Es fácil malinterpretar las estadísticas, pero sucede otro tanto con los textos. Los datos de lectura mecánica no son de utilización grata, pero pasa exactamente lo mismo con muchos manuscritos casi ilegibles o a punto de desintegrarse. Lo que se necesitan son medios para discriminar, para descubrir qué tipos de estadísticas son más de fiar, en qué medida y para qué fines. La noción de serie, fundamental en la historia serial, requiere ser tratada como algo problemático, en especial cuando se estudian cambios a largo plazo. Cuanto más largo sea el periodo, menos probabilidades habrá de que las unidades de las series —testamentos, listas de cumplimiento pascual o cualesquiera otras— sean homogéneas. Ahora bien, si ellas mismas están sometidas a cambio, ¿cómo pueden utilizarse como medida de otros cambios?

En otras palabras, lo que necesitamos es una nueva «diplomática» (como en el caso de las fotografías y demás nuevas fuentes ya analizadas). Este fue el término empleado por Jean Mabillon, el estudioso benedictino, en su guía para la utilización de documentos oficiales en un momento (finales del siglo XVII) en que el recurso a ese tipo de pruebas era novedoso y despertaba las sospechas de historiadores más tradicionales <sup>50</sup>. ¿Quién será el Mabillon de la estadística, la fotografía o la historia oral?

<sup>49</sup> G. Hennigsen, «El "Banco de datos" del Santo Oficio», *Boletín de la Real Academia de Historia* 174 (1977), págs. 547-70.

<sup>50</sup> J. Mabillon, *De re diplomatica* (París, 1681).

### Problemas de explicación

Ya hemos insinuado que la expansión del terreno del que se ocupan los historiadores implica repensar la explicación de la historia, pues las tendencias culturales y sociales no pueden analizarse de la misma manera que los acontecimientos políticos y requieren una presentación más estructural. Los historiadores, quieran que no, han de ocuparse en cuestiones que han interesado desde mucho tiempo atrás a sociólogos y otros científicos sociales. ¿Quiénes son los verdaderos agentes de la historia, los individuos o los grupos? ¿Pueden oponerse con éxito a las presiones de las estructuras sociales, políticas o culturales? ¿Son estas estructuras meras trabas de la libertad de acción o permiten a los agentes efectuar un mayor número de elecciones? <sup>51</sup>

En las décadas de 1950 y 1960 los historiadores de la economía y la sociedad se sintieron atraídos por modelos de explicación histórica más o menos deterministas, tanto si daban primacía a los factores económicos, como los marxistas, a la geografía, como Braudel, o a los movimientos demográficos (como en el caso del denominado «modelo malthusiano» de cambio social). Hoy, sin embargo, según sugiere Giovanni Levi en su capítulo dedicado a la microhistoria, los modelos más atractivos son los que hacen hincapié en la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir (cfr. págs. 287 ss., *infra*).

La expansión del universo histórico ha tenido así mismo repercusiones en la historia política, pues los acontecimientos políticos pueden explicarse también de varias maneras. Los historiadores que estudian la Revolución francesa desde abajo, darán probablemente un tipo de explicaciones bastante diferente a las de quienes se centran en los actos e intenciones de los dirigentes. Incluso estos últimos estudiosos divergen a veces de los modelos tradicionales de explicación histórica al apelar a los motivos tanto conscientes como inconscientes de los dirigentes, fundándose en que dichos modelos sobreestiman la importancia de la conciencia y la racionalidad.

<sup>51</sup> C. Lloyd, *Explanation in Social History* (Oxford, 1986) ofrece una visión general. Más accesible a los no filósofos es S. James, *The Content of Social Explanation* (Cambridge, 1984).

Así, por ejemplo, un grupo de los denominados psichistoriadores, la mayoría de los cuales residen en EE.UU. (donde el psicoanálisis ha impregnado la cultura más profundamente que en cualquier otra parte) han intentado incorporar las intuiciones de Freud a la práctica de la historia. Estas personas van desde el psicoanalista Erik Erikson, que causó sensación en la década de 1950 con su estudio de los problemas de identidad del «joven Lutero», hasta el historiador Peter Gay, quien predica y practica la psichistoria. Difícilmente sorprenderá descubrir que su manera de abordar la cuestión haya provocado controversia y que se les haya acusado de «empequeñecer la historia», es decir, de reducir las complejidades de un adulto (o de un conflicto entre adultos) a la relación de un niño con sus padres <sup>52</sup>.

Para ilustrar las actuales controversias sobre la explicación histórica podría ser útil tomar el ejemplo de Hitler. Los debates anteriores como el mantenido por H. R. Trevor-Roper y A. J. P. Taylor acerca de la importancia relativa de los objetivos de Hitler a largo y corto plazo, daban por supuesta la validez del modelo tradicional de explicación histórica en función de la intención consciente. Sin embargo, en fechas más recientes, el debate se ha ampliado. En primer lugar, unos pocos historiadores, como Robert Waite, han ofrecido interpretaciones de Hitler en función de las intenciones inconscientes e, incluso, de la psicopatología, subrayando su sexualidad anormal, el trauma de la muerte de su madre (después de ser tratada por un médico judío), etc <sup>53</sup>.

Otro grupo de historiadores dejan por completo de lado lo que llaman «intencionalismo», en el sentido de tratar el problema de los motivos o tendencias de Hitler como algo relativamente marginal. Según estos «funcionalistas», como se les ha denominado (o «historiadores estructurales», como preferiría describirlos), las explicaciones históricas de la política del Tercer Reich exigen centrarse en las personas que rodearon a Hitler, en la maquinaria del gobierno y de los procesos de toma de decisiones y en el nazismo como movimiento social <sup>54</sup>. Hay también historiadores que combinan los enfoques es-

<sup>52</sup> E. Erikson, *Young Man Luther* (Nueva York, 1958); P. Gay, *Freud for Historians* (Nueva York, 1985); D. Stannard, *Shrinking History* (Nueva York, 1980).

<sup>53</sup> R. G. L. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler* (Nueva York, 1977).

<sup>54</sup> Tomo la distinción entre «intencionalistas» y «funcionalistas» de T. Mason, «Intention and Explanation», en: *The Fuhrer State, Myth and Reality*, G. Hirschfeld y L. Kettenacker (eds.) (Stuttgart, 1981), págs. 23-40. Agradezco a Ian Kershaw por haberme llamado la atención sobre este artículo.

tructurales con los psichohistóricos y se centran en explicar qué había en los nazis para empujarlos hacia Hitler <sup>55</sup>.

Lo interesante y, al mismo tiempo, perturbador en el debate en torno a Hitler —como muchos otros debates históricos de los últimos años— es que ya no se atiene a las reglas. Se ha roto el consenso tradicional sobre lo que constituye una buena explicación histórica. ¿Se trata de una fase pasajera, que será reemplazada por una nueva conformidad, o es el carácter que adoptarán en el futuro los debates históricos?

Si se ha de producir un acuerdo de ese tipo, el área de lo que podría llamarse «psicología histórica» (psicología colectiva) llegará a ser de especial importancia al vincular, probablemente, los debates sobre la motivación consciente e inconsciente con los de las explicaciones sobre lo individual y lo colectivo. Resulta estimulante observar un interés progresivo en este terreno. Un puñado de recientes monografías se centra en la historia de la ambición, la cólera, la angustia, el miedo, la culpa, la hipocresía, el amor, el orgullo, la seguridad y otras emociones. A pesar de todo, están lejos de haber sido resueltos los problemas metodológicos que supone perseguir objetos de estudio tan esquivos como éstos <sup>56</sup>.

Al intentar evitar el anacronismo psicológico o, en otras palabras, la hipótesis de que las personas del pasado pensaban y sentían lo mismo que nosotros, existe el peligro de caer en el extremo contrario y «desfamiliarizar» el pasado tan completamente que resulte ininteligible. Los historiadores se enfrentan a un dilema. Si explican las diferencias del comportamiento social en diversos periodos mediante discrepancias en las actitudes conscientes o las convenciones sociales, corren el riesgo de la superficialidad. Por otro lado, si explican las diferencias del comportamiento por la diversidad de la estructura profunda del carácter social, corren el riesgo de negar la libertad y la flexibilidad de los agentes individuales en el pasado.

Una posible manera de eludir esta dificultad es utilizar la noción de «hábito» de un determinado grupo social expuesta por el sociólogo

<sup>55</sup> P. Lowenberg, «The Psychohistorical Origins of the Nazi Youth Cohort», *American Historical Review* 76 (1971), págs. 1457-502.

<sup>56</sup> J. Delumeau, *La peur en Occident* (París, 1978) [hay ed. cast., *El miedo en occidente: siglos XIV-XVIII*, Madrid, 1989]; y *Rassurer et protéger* (París, 1989); P. N. y C. Z. Stearns, «Emotionology», *American Historical Review* 90 (1968), págs. 813-36; C. Z. y P. N. Stearns, *Anger* (Chicago, 1968); T. Zeldin, *France 1848-1945* (2 vols., Oxford, 1973-7).

30 Pierre Bourdieu. Con el término «hábito» de un grupo social, Bourdieu se refiere a la propensión de sus miembros para seleccionar respuestas de entre un repertorio cultural particular de acuerdo con las demandas de una situación o campo concretos. A diferencia del concepto de «regla», el hábito posee la gran ventaja de permitir a quien lo utiliza reconocer el ámbito de la libertad individual dentro de ciertos límites impuestos por la cultura <sup>57</sup>.

No obstante, los problemas subsisten. En mi opinión, los nuevos historiadores —desde Edward Thompson a Roger Chartier— han tenido un amplio éxito en desvelar la inadecuación de las tradicionales explicaciones materialista y determinista de la conducta individual y colectiva a corto plazo y en mostrar que en la vida cotidiana, y también en momentos de crisis, lo que cuenta es la cultura <sup>58</sup>. Por otro lado, no han puesto muy en duda la importancia de los factores materiales, del medio físico y sus recursos, a largo plazo. Todavía parece útil considerar que estos factores materiales determinan lo que se ha de hacer, los problemas a los que los individuos, los grupos y, metafóricamente hablando, las culturas intentan adaptarse o responder.

### Problemas de síntesis

Aunque la expansión del universo de los historiadores y el diálogo creciente con otras disciplinas, desde la geografía a la teoría literaria, deberán ser, sin duda, bien recibidos, estos procesos tienen su precio. La disciplina de la historia está ahora más fragmentada que nunca. Los historiadores de la economía son capaces de hablar el lenguaje de los economistas; los historiadores del pensamiento, el de los filósofos, y los historiadores sociales, los dialectos de sociólogos y antropólogos sociales. Pero a estos grupos de historiadores les comienza a resultar cada vez más difícil conversar entre sí. ¿Tendremos que soportar esta situación o existe alguna esperanza de síntesis?

Es imposible ofrecer algo más que una opinión parcial y personal del problema. La mía propia puede resumirse en dos puntos opuestos, más complementarios que contradictorios. En primer lugar, la proliferación de subdisciplinas es virtualmente inevitable. Este movi-

<sup>57</sup> P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (trad. ingl., Cambridge, 1977).

<sup>58</sup> El argumento es insólitamente explícito en G. Sider, *Culture and Class in Anthropology and History* (Cambridge y París, 1986).

miento no se limita a la historia. La profesión histórica ofrece, simplemente, un ejemplo entre muchos de la división creciente del trabajo en nuestra sociedad industrial (o postindustrial) tardía. La proliferación tiene sus ventajas: aumenta el conocimiento humano y fomenta métodos más rigurosos y niveles más profesionales.

Se producen tanto costos como beneficios, pero debemos hacer algo para mantener estos costos intelectuales lo más bajos posible. La incomunicación entre disciplinas o subdisciplinas no es inevitable. En el caso específico de la historia, hay signos estimulantes de acercamiento y hasta de síntesis.

Es cierto que, en el primer arrebato de entusiasmo por la historia estructural, la historia de los acontecimientos estuvo a punto de ser arrojada por la borda. De manera similar, el descubrimiento de la historia social se asoció a veces a un desprecio por la historia política, una inversión del prejuicio de los historiadores políticos tradicionales. Algunos nuevos campos, como el de la historia de las mujeres y de la cultura popular, se trataron en ciertos casos como si fueran independientes de la historia de la cultura erudita y de la historia de los hombres (y hasta opuestos a ellas). La microhistoria y la historia de la vida cotidiana fueron reacciones contra el estudio de las grandes tendencias sociales, de la sociedad sin rostro humano.

Actualmente es posible observar en todos los casos citados una reacción contra esta reacción, una búsqueda del centro. Los historiadores de la cultura popular se interesan más y más por describir y analizar las relaciones cambiantes entre lo alto y lo bajo, «la intersección de la cultura popular con la de las personas instruidas»<sup>59</sup>. Los historiadores de las mujeres han extendido su interés hasta incluir las relaciones entre sexos en general y la construcción histórica tanto de la femineidad como de la masculinidad<sup>60</sup>. La oposición tradicional entre acontecimientos y estructuras está siendo sustituida por una preocupación por sus interrelaciones y algunos historiadores experimentan con formas narrativas de análisis o formas analíticas de narración (ver *infra*, págs. 287 ss.).

Lo más importante de todo ello es, quizá, la eliminación final de la vieja oposición entre historiadores políticos y no políticos. La conocida definición de la historia social dada por G. M. Trevelyan

<sup>59</sup> A. Gurevich, *Medieval Popular Culture*, (trad. ingl., Cambridge, 1988).

<sup>60</sup> Editorial colectivo, «Why Gender and History?», *Gender and History* 1 (1989), págs. 1-6.

«como historia al margen de la política» es rechazada en la actualidad casi por todos. En cambio, descubrimos un interés por el componente social en la política y por los elementos políticos en la sociedad. Por un lado, los historiadores políticos no se limitan a la alta política, a los dirigentes, a las elites. Analizan la geografía y la sociología de las elecciones y la «república en la aldea»<sup>61</sup>. Examinan las «culturas políticas», las ideas sobre política que forman parte de la vida cotidiana pero difieren ampliamente de un periodo o región a otra. Por otro lado, sociedad y cultura se consideran ahora terreno de juego de las tomas de decisión y los historiadores debaten «la política de la familia», «la política del lenguaje» o la manera en que el ritual puede expresar poder y hasta, en algún sentido, crearlo<sup>62</sup>. El historiador norteamericano Michael Kammen podría tener razón al proponer que el concepto de «cultura» en su sentido amplio y antropológico, sirva de «posible base» para la «recombinación» de los diversos enfoques de la historia<sup>63</sup>.

Todavía estamos lejos de la «historia total» preconizada por Braudel. De hecho, no sería realista creer que este objetivo pueda ser alcanzado alguna vez; pero se han dado algunos pasos más hacia él.

<sup>61</sup> M. Agulhon, *La République au village: les populations du Vas, de la Révolution a la 2e République*, Seuil, 1979.

<sup>62</sup> M. Segalen, *Love and Power in the Peasant Family* (trad. ingl., Cambridge, 1983); O. Smith, *The Politics of Language 1791-1815* (Oxford, 1984); D. Cannadine y S. Price (eds.), *Rituals of Royalty* (Cambridge, 1987).

<sup>63</sup> M. Kammen, «Extending the Reach of American Cultural History», *American Studies* 29 (1984), págs. 19-42.